

REER
Revista Electrónica de Educación Religiosa
Vol. 5, No. 2, Diciembre 2015, pp. 1-39
ISSN 0718-4336 Versión en línea

**El “quién” y el “para qué” del “cómo”,
pequeño aporte bíblico-pastoral al diálogo fe y ciencia**

Gabriel Lobos*

Resumen

La teoría de la evolución, expuesta por primera vez por Juan Bautista Lamarck y desarrollada posteriormente por Charles Darwin, fue profundamente revolucionaria no solo para el mundo científico de los siglos XVIII-XIX, sino también para el cristianismo y la sociedad europea, pues se enfrentó directamente con el paradigma creacionista que por siglos había interpretado, desde el libro del Génesis, la creación, el universo y le había otorgado un sentido específico a la existencia humana. Hoy, los extraordinarios avances y aportes de los estudios bíblicos y la exégesis, que nos han permitido ir desvelando poco a poco y con mayor claridad la intención de los autores bíblicos, nos muestran que la Escritura nos da las luces para comprender el “quién” y el “para qué” de la creación, mientras que la ciencia nos permite entender el “cómo” de su surgimiento. Lo que nos permite, además, descubrir la rica complementariedad entre la fe y la ciencia y el fructífero diálogo que puede surgir entre ambas.

Palabras clave: creación, creacionismo, evolución, relato yahvista, exégesis

* Profesor de Educación Religiosa para la Educación Media, Instituto Catequístico Universidad Católica. Contacto. Contacto: gabrielslobos@gmail.com

**The "who" and "why" of the "how",
a small biblical-pastoral contribution to faith and science dialogue**

Gabriel Lobos

Abstract

The theory of evolution, first exposed by Jean-Baptiste Lamarck and further developed by Charles Darwin, was deeply revolutionary not only for the scientific world of the eighteenth and nineteenth centuries, but also for Christianity and European society, because he faced directly with the creationist paradigm that for centuries had read into, from the Book of Genesis, creation, universe and had been given a specific meaning to human existence. Today, the extraordinary advances and contributions of biblical studies and exegesis, which have allowed us to reveal more clearly the intention of the biblical authors, show that Scripture gives us the light to understand the "who" and the "why" of creation, while science allows us to understand the "how" of its rising. It also allows us to discover the rich complementarity between faith and science and the fruitful dialogue that may arise between them.

Keywords: creation, creationism, evolution, Yahwist narrative, exegesis

**El “quién” y el “para qué” del “cómo”,
pequeño aporte bíblico-pastoral al diálogo fe y ciencia**

Gabriel Lobos

Introducción

En el decurso del trabajo pastoral es frecuente, sobre todo al momento de abordar los diversos textos y libros de la Escritura, encontrarse con la perplejidad de muchas personas al reflexionar en torno a temas como la creación, el origen de los seres humanos o el diluvio universal. Esta perplejidad surge, en la mayoría de los casos, al contrastar los aportes que nos vienen otorgando las ciencias, principalmente la física y la biología, desde inicios del siglo pasado, con los relatos bíblicos, sobre todo con los primeros once capítulos del Génesis, aunque, desafortunadamente, también ocurre esta perplejidad con otros relatos de la Escritura. ¿Cómo se puede hablar de evolución en la especie humana si al comienzo de la Biblia aparece claramente que Dios creó al hombre y la mujer de manera directa? ¿Cómo se puede comprender una evolución de la materia surgida de un *big bang* a través de millones de años cuando la Biblia nos relata que Dios creó todo lo existente en no más de seis días y tal como lo conocemos hoy? ¿Es posible que de dos personas (Adán y Eva) surgiera toda la humanidad? Estas y otras preguntas son las que comienzan a surgir cuando realizamos una lectura de la Biblia medianamente atenta a los que ella nos relata. Sin embargo, todo esto, parece adquirir perplejidades más profundas cuando se descubre que el libro del Génesis, por ejemplo, no sólo nos expone un relato de la creación, sino dos, y además, diferentes entre sí (cf. Gn 1, 1-2, 4a con Gn 2, 4b-25). Y todo ello adquiere grados de perplejidad superlativos cuando se recuerda

que la Biblia es Palabra de Dios y, por lo tanto, no contiene errores, es inerrante.

Pues bien, lo que hemos podido constatar a niveles pastorales se ha dado también en instancias académicas, como lo relata Richard Clifford, profesor de estudios bíblicos en *Weston Jesuit School of Theology* en Cambridge y ex presidente de la *Catholic Biblical Association*:

Hace varios años di una conferencia sobre el libro del Génesis en un salón parroquial repleto. Después de explicar que los capítulos 2 al 11 más que textos históricos son relatos tradicionales, fui confrontado por un interrogador enojado: *Si estas historias son fábulas, entonces ¿qué podemos creer? ¿Qué pasa con Moisés? ¿Qué con la resurrección? ¿Es la Biblia verdad o no?* Más recientemente, me dirigí a un grupo de profesionales teólogos. Para mi sorpresa, varios hicieron la misma pregunta, aunque con menos angustia y con distintas palabras.¹

Esto parece indicar que se ha establecido y mantenido, al interior de la Iglesia, una manera de leer la Escritura que no ha permitido comprenderla correctamente y, peor aún, parece ser que ha distanciado a quienes la leen de poder establecer vínculos con otras disciplinas humanas, en este caso con la ciencia. El trabajo que presentamos a continuación no pretende abordar directamente las preguntas que le fueron planteadas a Clifford –aunque esperamos que al finalizar el lector(a) pueda tener un acercamiento a ellas, pero sin angustias–, ya que en su artículo él mismo las aborda, sino más bien, deseamos introducirnos y hacer un pequeño aporte al tema del diálogo entre la fe y la ciencia desde algunos relatos bíblicos. Claro está que para poder realizar aquello debemos exponer algunas ideas que a nuestro lector(a) pueden parecerles, en el mejor de los casos, desconcertantes y, en el peor, destructoras para la fe. Pero se hace necesario comenzar a leer la Escritura de manera “adulta” –si se nos permite este término–

¹ Clifford, Richard. “Historicidad de la Biblia. La verdad de las Escrituras”. *Mensaje* 546 (2006). p. 16.

apoyándonos en los invaluable aportes de la exégesis moderna, pues han sido tantos los siglos de oscuridad al momento de leer la Biblia que los cristianos arrastramos un capital de tergiversaciones y malos entendidos que nos han llevado a la intolerancia con otras personas y credos y a un divorcio con las demás disciplinas humanas (sean la historia, la ciencia, la antropología, etc.). Donde además, esta (in)comprensión de los relatos de la revelación de Dios en la Escritura no sólo ha fomentado estas tergiversaciones y las han alentado, sino que han sido nefastas para la fe y la praxis cristiana de seguimiento de Jesús. Estamos convencidos que de una mala comprensión de los textos bíblicos y, por ende, de una mala hermenéutica, se va indudablemente a una tergiversación de la fe, de la comprensión de la revelación de Dios y de la praxis cristiana de seguimiento de Jesús, el cual es la mayor concreción histórica de la revelación de Dios a los seres humanos.

Obviamente, este trabajo, por los márgenes que lo enmarcan, no puede afrontar todo lo sostenido anteriormente de manera detallada, pero las líneas generales que exponemos las creemos necesarias como un primer paso para comprender que la revelación de Dios en la Biblia no sólo es posible abordarla de otra manera, es decir, de acuerdo a los avances que nos otorga la exégesis –avances que por lo demás, no contradicen ninguno de los pilares de nuestra fe y son cada vez más exactos en relación a lo que los escritores bíblicos quisieron exponer–, sino que además, nos permite comprender que la Palabra de Dios es una Palabra absolutamente viva y vigente y que nos puede aportar innumerables luces para comprender nuestra realidad actual y ver en ella la manifestación de Dios, tal como lo hicieron sus autores, y unido a ello, puede ser un fructífero elemento para dialogar con la ciencia y sus increíbles y fascinantes aportes. Pues no está de más recordar que la revelación de Dios escrita y contenida en la Biblia es una revelación que acontece en la historia, la cual contiene y subsume la

naturaleza, por lo tanto, no es una revelación escrita en un nebuloso más allá. Es más bien a través de la historia específica del pueblo hebreo que Dios se les revela y a través de ellos a toda la humanidad. Por lo tanto, la Biblia es una palabra viva e histórica para hombres vivos e históricos, entre los cuales sin duda nos encontramos nosotros, y puede aportar enormemente a las disciplinas y ciencias humanas, principalmente desde una óptica praxica y de sentido.

Ahora, cómo abordaremos nuestro trabajo. En el primer apartado expondremos a grandes rasgos y de manera sucinta los aportes que nos han entregado las ciencias en relación al tema de la evolución, principalmente desde los aportes de Juan Bautista Lamarck y Charles Darwin. Luego, abordaremos cuál ha sido la respuesta del magisterio europeo en los últimos años fundamentalmente, y qué repercusiones puede tener dicha postura. Posteriormente, en un tercer momento, expondremos y explicaremos algunos aspectos del texto yahvista de la creación, tal vez el más significativo para nuestro tema, y que creemos se relaciona con los contenidos abordados en el primer apartado. Finalmente, a través de algunas conclusiones y algunos principios de lectura bíblica esperamos aportar al fructífero diálogo que, afortunadamente desde el siglo pasado, ya se ha comenzado a dar entre teólogos, biblistas y científicos. Cabe agregar que nuestro trabajo lo hemos abordado desde una perspectiva pastoral, pues deseamos que a ello sirva principalmente, por lo tanto, el lector(a) encontrará acercamientos a los temas mencionados desde una perspectiva general y sin detenernos, por ejemplo, en especificaciones técnicas, sea en el caso de los aportes de la exégesis o en los aportes científicos. Una vez dicho lo anterior, comencemos entonces.

1. Juan Bautista Lamarck, la teoría de la evolución y el paradigma darwiniano

Sobre la teoría de la evolución pesa un cúmulo de distorsiones, malos entendidos e incomprendimientos que pareciera ser que toda ella se resume en un escandaloso axioma: “el hombre desciende del mono”. El cual además, tiene como único autor a Charles Darwin. Sin embargo, al realizar una breve lectura de los acontecimientos históricos, los cuales nos remontan a la época de la revolución francesa (siglo XVIII), podemos apreciar que tanto el axioma mencionado como su autor no son correctos y requieren de una breve y necesaria aclaración.

Lo primero que debemos sostener al respecto entonces, es que la denominada “teoría de la evolución” no fue creada por Darwin, pues quien fue el primero en postular que todo lo viviente evoluciona y se ha ido configurando desde un proceso evolutivo fue Juan Bautista Lamarck, naturalista francés del siglo XVIII. Entonces, es menester preguntarnos: en qué consiste la denominada teoría de la evolución de Lamarck, cómo se llega a la célebre frase que el “hombre desciende del mono” y cómo se llega a sostener que dicho postulado pertenece a Darwin. Vamos paso a paso.

1.1. Juan Bautista Lamarck y la teoría de la evolución por adaptación

Fueron principalmente los resultados de diversas excavaciones arqueológicas, entre los siglos XVII y XVIII, que mostraban fósiles de animales que ya no existían o que en ciertos casos se parecían a los actuales, los que plantearon a la ciencia diversas preguntas, las cuales llegaron incluso a ser, como veremos, un problema teológico para la Iglesia. Preguntas como, ¿por qué desaparecieron estas especies?, ¿cómo desaparecieron?, ¿por qué algunas son diferentes a las actuales y otras son semejantes?, ¿es posible establecer un vínculo directo entre estos fósiles y las actuales especies de

seres vivos?, etc., llevaron a generar una revolución en los planteamientos y concepciones científicas de la época, y en el ámbito eclesial plantearon una relectura de los textos bíblicos. No obstante, hasta ese entonces los científicos callaron, pues señalaron sin tapujos que no tenían respuestas. Sin embargo, en 1794, cinco años después de la revolución francesa, comienza a producirse una nueva e incipiente teoría, cuando en aquel año los dirigentes del gobierno francés le piden a Juan Bautista Lamarck que organizara y clasificara el Museo de Ciencias Naturales de París.

Lamarck, al organizar y clasificar los elementos con los que contaba para el museo, fósiles antiguos y algunos descubiertos recientemente, descubrió que dentro de éstos últimos, muchos de ellos correspondían a seres intermedios entre los más primitivos y los más nuevos, por lo tanto, al ordenarlos se podía apreciar en ellos una *progresión*, pues los fósiles primitivos podían relacionarse con los recién descubiertos y éstos con las especies actuales. Unido a ello, Lamarck descubrió que estos seres fosilizados, cuanto más antiguos, eran más diferentes, morfológicamente, a los actuales, pero cuanto más cercanos eran, se parecían más. Así nace, de manera incipiente y poco a poco, la teoría de la evolución. Posteriormente, en el año 1809 (curiosamente el mismo año en que nacía Charles Darwin en Inglaterra) Lamarck publica su libro *Filosofía zoológica*, en el cual explica y expone su teoría de la evolución.

En su libro Lamarck sostiene la revolucionaria teoría de que los seres vivos habían *evolucionado* y habían cambiado en el tiempo. Los que antiguamente poseían una forma determinada actualmente poseían otra, no obstante, correspondían a la misma especie. Ahora, cuando Lamarck explica aquello, es decir, cuando explica por qué todos los seres vivos habían pasado de estados menos evolucionados a estados más evolucionados, señala que se debió fundamentalmente a la *adaptación* al medio ambiente. Así, los seres vivos, por necesidades de adaptación, iban transformándose y cambiando y

ello les era otorgado, a modo de herencia, a sus sucesores (miembros de la misma especie). Según Lamarck, la jirafa por ejemplo, que era un simple antílope, debido a que las hojas de los árboles en las zonas más bajas se fueron acabando, tuvo que estirar el cuello, la lengua y las patas para alcanzar las hojas más altas y así poder comer y no perecer de inanición. Así, de tanto realizar estas acciones, sus patas, su lengua y cuello se fueron estirando. Y más aún, esto que se estableció como un hábito adquirido en una generación determinada de jirafas o en algunas de ellas, fueron una herencia legada a las generaciones posteriores. De esta manera, poco a poco, la jirafa se fue adaptando al medio y creando en su organismo las características y condiciones necesarias para poder subsistir, en este caso, para poder alimentarse. Y ello, fue heredado además, por las posteriores generaciones de jirafas.

Ahora, como podemos imaginar, ello trajo innumerables controversias y adversarios, entre los cuales se encontró el denominado “fijismo” de Linneo, quien ofrecía una imagen estática de la naturaleza, donde los caballos habían sido siempre caballos y todas las especies habían sido creadas al mismo tiempo, lo cual era absolutamente coherente con la literalidad de los relatos de la creación del Génesis. No obstante, Lamarck también tuvo defensores, entre los cuales podemos mencionar a Erasmus Darwin, abuelo de Charles². Y será éste último quien sentará los postulados más sólidos de la teoría de la evolución de Lamarck, incluso sobrepasándolo. Veámoslo.

² Cf. Cappana, Pablo. “El gran misterio de la evolución”. *Mensaje* 456 (1997). p. 29.

1.2. Charles Darwin y la teoría de la evolución desde la selección natural y la supervivencia del más apto

En 1831, a la edad de 22 años, Darwin realiza un viaje que le cambiará radicalmente su vida. Este viaje que duró 5 años, de 1831 a 1836, fue realizado en el famoso barco llamado *Beagle*, el cual, partiendo de Europa, recorrió las costas de América del Sur y África. En el decurso del viaje Darwin fue recolectando fósiles, observando plantas, restos de animales e insectos y fue reelaborando, poco a poco y a través de la clasificación de todo el material, la teoría de la evolución de Lamarck. Su trabajo se prolongó por 23 años, sin embargo, nunca se atrevió a escribir nada, a pesar de la insistencia de amigos y científicos, pues sabía que el planteamiento y la explicitación de su teoría de la evolución podía traer enormes conflictos con la Iglesia anglicana de su país, ya que de acuerdo a la comprensión bíblica de entonces la teoría de la evolución contradecía lo expuesto en la Biblia en relación a la creación.

Será en el año 1859 donde ocurrirá otro acontecimiento trascendente en la vida de Darwin, el cual lo llevará a decidirse por la publicación de sus trabajos. En ese año recibe un paquete de regalo de su amigo científico Alfred Russel Wallace, que en ese entonces vivía en el Oriente. Wallace le envía un escrito y algunos apuntes en torno a sus estudios sobre la evolución, deseando saber la opinión de Darwin en torno a sus trabajos. Al leer el libro de su amigo Darwin se da cuenta que lo expuesto por Wallace era profundamente coincidente con sus estudios y comprende que debe publicar sus trabajos, de lo contrario otros lo harán. De esta manera, el 24 de noviembre de 1859 apareció su libro *El origen de las especies*, el cual se agotó el mismo día de su publicación, y si bien fue una modesta tirada, 1250 ejemplares, ello nos muestra las enormes repercusiones que tuvo su trabajo en Inglaterra. En oposición a lo que a veces se cree, Darwin no habla, en su libro, del origen del hombre, sino que aplica su teoría de la evolución a los

animales. No obstante, en 1871 Darwin publicará un segundo libro, *El origen del hombre*, donde efectivamente aplicará la teoría de la evolución a los seres humanos.

Ahora, cómo explica Darwin la teoría de la evolución. Pues bien, plantea que efectivamente todos los seres vivos han *evolucionado* y se han desarrollado mediante este proceso, sin embargo, no de la manera como lo plantea Lamarck. Para Darwin no se realiza esta evolución a través de un proceso de adaptación, sino a través de la *selección natural* y de la *supervivencia del más apto*. Darwin sostiene que en algunas ocasiones se producen cambios y mutaciones en algunos miembros de una especie, por lo tanto, nacen en ella individuos con características distintas, lo cual les permite estar más preparados para adaptarse al medio y sobrevivir, sobre todo cuando se producen cambios relevantes en la naturaleza. Pero ello no es producto directamente de la adaptación al medio, sino anterior a éste, aunque les sirve, de manera posterior, para adaptarse y sobrevivir a los cambios. Por ejemplo, no hace falta que un antílope estire el cuello para volverse jirafa, sino que de vez en cuando nacía uno de ellos con el cuello más largo. Entonces, cuando se producía una sequía aquellos que tenían el cuello más corto morían y los que lo tenían más largo sobrevivían e imponían paulatinamente una nueva especie. De esta manera, las ideas de Darwin se consideraron más elaboradas que las de Lamarck y poco a poco la explicación de la evolución darwiniana se fue imponiendo a la de su antecesor, naciendo de esta manera el paradigma darwiniano de la evolución.

Pero, qué ocurre específicamente con el ser humano y cómo se llega a la célebre frase que “el hombre desciende del mono”. Pues bien, la teoría de la evolución de Darwin, y de la misma manera quienes la han desarrollado hasta la actualidad, en ningún momento sostiene que el hombre desciende del mono. Darwin jamás plantea ello y los evolucionistas

posteriores tampoco lo han hecho. Y baste señalar para ello de manera muy simple, que si el hombre descendiera de los monos éstos habrían desaparecido, convirtiéndose precisamente en seres humanos, lo cual a todas luces no ha ocurrido. Lo que la teoría de la evolución plantea es que el hombre desciende de otros seres primitivos, denominados *primates* u *homínidos*, los cuales a su vez descendieron de otros seres más primitivos y menos evolucionados, hasta llegar a unas primeras moléculas que son la base material de nuestra existencia. Por lo tanto, el ser humano no proviene, según los postulados evolucionistas, de chimpancés u orangutanes, sino de primates, que siendo antepasados comunes tanto a los seres humanos como a los monos, no evolucionaron en una especie común, sino en dos especies distintas, el ser humano y los monos, no habiendo entre ellos ningún eslabón perdido³. Ahora, cuál es el momento en el que un homínido pasó el umbral de la humanización, no lo sabemos y tampoco lo sabe la ciencia en la actualidad.

En cuanto a la célebre frase, “el hombre desciende del mono”, ésta viene de los detractores de la teoría darwiniana de la evolución y fue expuesta precisamente por los enemigos de Darwin para desacreditar sus postulados y ridiculizar su teoría. Sin embargo, ésta no fue la única crítica a los trabajos de Darwin, las reacciones de sus detractores no se hicieron esperar, no obstante, las primeras de éstas no vinieron de la Iglesia católica europea como se podría creer, sino de sus propios colegas científicos. Los naturalistas fueron los primeros que criticaron la teoría darwiniana de la evolución, pues en aquel entonces se pensaba que la tierra no tenía la antigüedad suficiente para que se realizara una evolución que comprendiera millones de años. Sin embargo, los estudios científicos posteriores han expuesto que efectivamente el universo tendría una edad aproximada de

³ Cf. *Ibid.* p. 30.

13.500 millones de años, nuestro sistema solar se habría establecido aproximadamente hace 5.000 millones de años y la vida habría aparecido en el universo hace 3.500 millones de años; lo cual permite aceptar los tiempos evolutivos señalados por Darwin.

Por otra parte, los geólogos también lo criticaron. Éstos sostenían que la separación territorial de los continentes hacía imposible que se dieran las mismas especies en ellos. Los animales no podrían haber viajado de un continente a otro a través del océano. Por lo tanto, no podía haber especies iguales en lugares tan lejanos y separados por inmensos océanos, a no ser que Dios los hubiera creado de una vez y para siempre, no evolutivamente, en distintos lugares de manera definitiva. Hoy sabemos, gracias a los aportes de Alfred Wegener y su teoría de los “continentes a la deriva”, que los continentes no han estado separados desde siempre, sino que en un comienzo estaban unidos en una sola masa llamada “pangaea” y que posteriormente, producto de diversos acontecimientos naturales (terremotos, etc.), se separaron. Por ello quedaron especies similares en lugares distintos.

Luego, los ataques vinieron de los biólogos, pues éstos sostenían que las características de los individuos no aparecían en un momento determinado y luego se heredaban, sino que pertenecían a la especie como tal desde siempre. Por lo tanto, las mutaciones que se producían en una generación de la especie era imposible que fueran heredadas en las siguientes. Sin embargo, Gregor Mendel en 1866 descubre las “leyes de la herencia genética”, las cuales comprueban que Darwin tenía razón. Así, poco a poco y paso a paso según sus desarrollos, todas las ciencias han ido dándole la razón a Darwin y a su teoría de la evolución, por lo menos la han hecho profundamente verosímil.

Finalmente vinieron los ataques de la Iglesia anglicana y la Iglesia protestante, pues en la Biblia se expone claramente que Dios crea de manera

instantánea y no evolutivamente. Sin embargo, dentro de las iglesias cristianas la Iglesia católica europea calló, pues estaba tan vivo lo ocurrido con Galileo que se decidió guardar silencio, aunque ya volveremos a ello más adelante. Pero a pesar del silencio de la Iglesia católica europea, los ataques protestantes y anglicanos fueron durísimos contra Darwin y se estableció un clima de temor y angustia a niveles eclesiales tan grande que se cuenta que la esposa del arzobispo de Canterbury, al referirse a la teoría darwiniana de la evolución, señaló: “Recemos para que no sea cierta y, si es cierta, recemos para que no se sepa”. En la actualidad la teoría darwiniana de la evolución es prácticamente aceptada por la mayoría de las ciencias y disciplinas humanas, y por tanto, por la mayoría de los científicos. Unido a ello, además, los descubrimientos científicos posteriores a ella parecen ir dándole poco a poco la razón.

Dicho todo lo anterior entonces, es menester preguntarse si todavía la Iglesia católica europea mantiene su silencio desde la publicación de *El origen del hombre* o si ha dicho algo al respecto. Por otra parte cabe preguntarse, si la teoría de Darwin se puede denominar como correcta, qué pasa entonces con los relatos del Génesis. Abordemos estos temas en los siguientes apartados.

2. La postura del magisterio europeo frente al origen del hombre

Desde la publicación de *El origen del hombre* de Darwin y del posterior desarrollo de su teoría de la evolución se han establecido diversas etapas, procesos o intentos, tanto de no aceptación de su teoría como de diálogo entre los descubrimientos científicos y los postulados bíblicos. Estos procesos históricos los podemos agrupar principalmente en tres etapas, donde desafortunadamente, las dos primeras comprenden más bien a extremismos que no permitieron en su época un acercamiento entre los

postulados científicos y los bíblicos. (1) El primero de ellos lo podemos denominar como una etapa de “fundamentalismo bíblico”, donde se sostuvo que todo lo planteado por la ciencia era falso, por lo tanto, debemos quedarnos únicamente con los postulados bíblicos y comprender la creación literalmente como lo plantean los relatos del Génesis. (2) Un segundo momento, que podemos denominar “fundamentalismo científico”, planteó que todo lo sostenido por la Biblia es falso y mitológico, por lo tanto, debemos quedarnos únicamente con los postulados científicos. (3) El tercer momento, de carácter más dialogante y que podemos denominar como un intento de “concordancia” planteó que de una u otra manera se debía hacer coincidir lo señalado por la ciencia y lo postulado por el Génesis. De esta manera se formularon diversas teorías al respecto, siendo una de ellas la que sostuvo que los autores del Génesis habrían expuesto que efectivamente la creación se habría producido en seis días, pero que éstos debíamos comprenderlos como eras o etapas geológicas.

Si bien, ninguno de estos tres postulados resulta positivo para el diálogo fe y ciencia, tampoco resultan positivos y fructíferos para una correcta lectura e interpretación de los relatos bíblicos. Pues si aceptamos la teoría que hemos denominado “concordante” estaríamos haciendo decir a la Biblia algo que ella no ha querido decirnos jamás. Entonces, el “fundamentalismo bíblico” nos permite una lectura literal de los relatos de la creación, lo cual nos aleja por completo de su verdadero sentido y enseñanza teológica, a lo cual hay que agregar que, hasta ahora por lo menos, los descubrimientos científicos le han dado la razón a Darwin; el “fundamentalismo científico”, por otra parte, nos hace invalidar lo expuesto en la Escritura, lo cual al igual que el anterior, nos aleja, más aun nos hace descartar de plano, el verdadero sentido y enseñanza teológica contenidos en ella; finalmente, el intento de “concordancia” hace decir a la Biblia cosas que no estaban en la intención de sus autores, por ejemplo, que los seis días

de la creación, expuestos en el primer relato del Génesis, corresponderían a edades o etapas geológicas y no a días tal como allí se sostiene.

Por lo tanto, es menester preguntarse si efectivamente es o no posible establecer un vínculo entre lo expuesto en el Génesis y lo señalado por Darwin o, incluso, entre el Génesis y cualquier otra teoría científica respecto a la creación y el origen de los seres humanos. Ello, nos lleva a un cuarto planteamiento que nos permita poner las cosas en su lugar; por un lado, ubicar a la ciencia donde debe ubicarse y, por otro, establecer a la Biblia en el lugar que le corresponde. Pero antes, veamos si la Iglesia europea ha guardado todavía silencio respecto a lo postulado por Darwin o si ha dicho algo al respecto, y si lo ha hecho, veamos qué ha sostenido.

2.1. El magisterio europeo de la Iglesia, la teoría de la evolución y los estudios bíblicos

Lo que haremos en este punto será exponer tres textos del magisterio europeo que nos permitan aclarar cuál es la postura que ha tomado la Iglesia europea en relación a la teoría de la evolución de Darwin. Ello nos será de mucha utilidad, creemos, para dos aspectos fundamentalmente. El primero tiene relación a establecer explícitamente la postura de la Iglesia, pues al igual que con la teoría de la evolución de Darwin, se han tejido una cantidad no menor de especulaciones respecto a lo que ha dicho o no ha dicho la Iglesia en relación a la teoría de la evolución. Y como es común en estos casos “En un mundo donde la información parece abundar, las noticias científicas y las religiosas son las que con menos claridad llegan al público. A menudo distorsionadas por comunicadores poco idóneos, cuando no sensacionalistas, suelen generar más confusión que esclarecimiento”⁴. Por otra parte, nos ayudará a introducirnos en el tema de nuestro próximo

⁴ *Ibid.* p. 28.

apartado, en el cual abordaremos cuál es el mensaje que quisieron dejar los autores del Génesis y cómo se relaciona éste con la teoría de la evolución de Darwin, o incluso, con cualquier teoría científica sobre la creación.

Pues bien, el primero de los documentos que hemos seleccionado corresponde a la encíclica *Humani generis* de Pío XII, fechada el 12 de agosto de 1950. Este documento que es publicado a menos de 80 años luego de la aparición de *El origen del hombre*, sostiene lo siguiente:

el Magisterio de la Iglesia no prohíbe el que –según el estado actual de las ciencias y la teología– en las investigaciones y disputas, entre los hombres más competentes de entrambos campos sea objeto de estudio la doctrina del evolucionismo, en cuanto busca el origen del cuerpo humano en una materia viva preexistente –pero la fe católica manda defender que las almas son creadas inmediatamente por Dios– (HG 29).

Sobre la cita mencionada y sobre la encíclica como tal se podrían realizar innumerables estudios desde el paradigma filosófico desde el cual se aborda y desarrolla o desde la comprensión teológica que el magisterio europeo tenía hasta ese momento en torno a la teología en general y en torno a la exégesis bíblica en particular. Pero vale lo expuesto para señalar que el magisterio no prohíbe que la doctrina del evolucionismo sea objeto de estudio, aunque explicita también ciertos reparos doctrinales para desarrollar dicho estudio, como por ejemplo, el sostener que esta teoría puede ser admitida únicamente en relación al desarrollo humano corporal, no a un desarrollo evolutivo del alma, creada, según la encíclica, “inmediatamente por Dios”.

El segundo documento que deseamos exponer es tal vez el más mencionado en cuanto al tema del diálogo entre fe y ciencia o entre la Iglesia y la teoría de la evolución. Corresponde al discurso pronunciado por Juan Pablo II el 22 de octubre de 1996 en la Academia Pontificia de

Ciencias. Al iniciar su discurso Juan Pablo II plantea el problema fe y ciencia al señalar:

Me alegra el primer tema que habéis elegido, el del origen de la vida y de la evolución, tema esencial que interesa mucho a la Iglesia, puesto que la Revelación, por su parte, contiene enseñanzas relativas a la naturaleza y los orígenes del hombre. ¿Coinciden las conclusiones a las que llegan las diversas disciplinas científicas con las que contiene el mensaje de la Revelación? Si a primera vista puede aparecer que se encuentran oposiciones, ¿en qué dirección hay que buscar su solución?⁵

En el mismo discurso, pero en cuanto a la carta encíclica de Pío XII citada anteriormente, Juan Pablo II, sostiene: “En su encíclica *Humani generis* (1950), mi predecesor Pío XII ya había afirmado que no había oposición entre la evolución y la doctrina de la fe sobre el hombre y su vocación, con tal de no perder de vista algunos puntos firmes”⁶. Y posteriormente continúa:

Teniendo en cuenta el estado de las investigaciones científicas de esa época y también las exigencias propias de la teología, la encíclica *Humani generis* consideraba la doctrina del ‘evolucionismo’ como una hipótesis seria, digna de investigación y de una reflexión profundas [...].

Pío XII añadía dos condiciones de orden metodológico: que no se adoptara esta opinión como si se tratara de una doctrina cierta y demostrada, y como si se pudiera hacer totalmente abstracción de la Revelación a propósito de las cuestiones que esa doctrina plantea. Enunciaba igualmente la condición necesaria para que esa opinión fuera compatible con la fe cristiana [...]⁷

Y en cuanto a la teoría de la evolución sostiene:

Hoy, casi medio siglo después de la publicación de la encíclica, nuevos conocimientos llevan a pensar que la teoría de la evolución es más que una hipótesis. En efecto, es notable que esta teoría se haya

⁵ Juan Pablo II. “El origen del hombre”. *Ibid.* p. 30.

⁶ *Ibid.* p. 31.

⁷ *Ibid.*

impuesto paulatinamente al espíritu de los investigadores, a causa de una serie de descubrimientos hechos en diversas disciplinas del saber. La convergencia, de ningún modo buscada o provocada, de los resultados de trabajos realizados independientemente unos de otros, constituye de suyo un argumento significativo a favor de esta teoría.⁸

Entonces podemos sostener, según lo expuesto hasta aquí, que el magisterio europeo no aprueba ni desaprueba la teoría de la evolución, pero la reconoce como algo “más que una hipótesis”. Y ello es así porque no le compete al magisterio pronunciarse respecto a ello. Es decir, no es tarea del magisterio, no corresponde a su labor, pronunciarse en cuanto a la veracidad o falsedad de una teoría o hipótesis científica. Sólo podrá pronunciarse cuando surjan vínculos entre las teorías o hipótesis científicas y lo expuesto en la revelación bíblica, pero siempre en relación a ésta última. Recordemos que el magisterio tiene como labor, únicamente, la interpretación de la palabra de Dios escrita o transmitida (DV 10) y no el exponer si una teoría o hipótesis científica es verdadera o falsa.

Ahora, volviendo al discurso del papa, lo que aparece como fundamental en él tiene relación más bien con la ontología humana, es decir, con la dimensión espiritual del ser humano y su dignidad como tal. Por ello señala, siguiendo lo expuesto por Pío XII, que únicamente las teorías de la evolución “que, en función de las filosofías en las que se inspiran, consideran que el espíritu surge de las fuerzas de la materia viva o que se trata de un simple epifenómeno de esta materia, son incompatibles con la verdad sobre el hombre”⁹, pues “son incapaces de fundar la dignidad de la persona”¹⁰. Valgan las palabras del papa entonces para deducir de lo dicho

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.* p. 32.

¹⁰ *Ibid.* No es el momento de entrar aquí en si lo denominado “espiritual” es creado directamente por Dios como algo separado de la materia o si ello es un elemento constitutivo e inseparable de ella desde el comienzo; o si efectivamente existe algo

que fuera de este caso no habría una contradicción entre las teorías de la evolución y lo expuesto en la Biblia.

Y llegando a la parte final de su discurso Juan Pablo II separa las aguas en relación a los aportes de la ciencia y los que competen a la filosofía o la teología, y ello es relevante para nuestro trabajo, pues junto con ubicarse en la línea actual de comprensión de ambos campos permite también una solución a la cuestión de la relación fe y ciencia. El papa comprende que la ciencia aborda un campo de saber distinto, aunque complementario, al de la filosofía y la teología (sobre esto último volveremos en la parte final de nuestro trabajo). Al respecto el papa sostiene:

La consideración del método utilizado en los diversos campos del saber permite poner de acuerdo dos puntos de vista, que parecían irreconciliables. Las ciencias de la observación describen y miden cada vez con mayor precisión las múltiples manifestaciones de la vida y las inscriben en la línea del tiempo. El momento del paso a lo espiritual no es objeto de una observación de este tipo que, sin embargo, a nivel experimental, puede descubrir una serie de signos muy valiosos del carácter específico del ser humano. Pero la experiencia del saber metafísico, la de la conciencia de sí y de su índole reflexiva, la de la ciencia moral, la de la libertad o, incluso, la experiencia estética y religiosa, competen al análisis y a la reflexión filosóficos, mientras que la teología deduce el sentido último según los designios del Creador.¹¹

que podemos denominar “espiritual” separado de algo que podemos denominar “material” y no podemos considerar a ambos como una unidad desde el comienzo; o si lo denominado “espiritual” es el fundamento de la dignidad de la persona; o si toda esta división entre lo denominado “material” y lo denominado “espiritual” proviene de un paradigma histórico-filosófico específico, el griego occidental, utilizado por la Iglesia en un momento histórico determinado para explicar la revelación, o si este paradigma está superado, por ejemplo, por el paradigma científico que está surgiendo desde mediados del siglo pasado, o incluso por la misma revelación bíblica de Dios; pues ello daría para otro trabajo, mucho más extenso por lo demás, que tendría que considerar los nuevos aportes de la ciencia, principalmente, en el campo de la física cuántica.

¹¹ *Ibid.*

Finalmente, el tercer documento que deseamos exponer es el discurso pronunciado por Juan Pablo II el 23 de abril de 1993 en la sala Clementina del Vaticano sobre la conmemoración de los cien años de la encíclica *Providentissimus Deus* de León XIII y de los cincuenta años de la encíclica *Divino afflante Spiritu* de Pío XII, ambas dedicadas a los estudios bíblicos¹². Lo que nos interesa recalcar de este discurso tiene relación a la labor de los exegetas y, por lo tanto, a la importancia de los estudios bíblicos en la actualidad. En relación a estos temas Juan Pablo II sostiene:

La *Divino afflante Spiritu*, como es sabido, recomendó especialmente a los exegetas el estudio de los *géneros literarios* utilizados en los libros sagrados, llegando a decir que el exegeta católico debe ‘convencerse de que no puede descuidar esta parte de su misión sin gran menoscabo de la exégesis católica’ (*Enchiridion biblicum*, 560). Esta recomendación nace de la preocupación por comprender el sentido de los textos con la máxima exactitud y precisión y, por tanto, en su contexto cultural e histórico. Una idea falsa de Dios y de la encarnación lleva a algunos cristianos a tomar una orientación contraria. Tienden a creer que, siendo Dios el ser absoluto, cada una de sus palabras tiene un valor absoluto, independiente de todos los condicionamientos del lenguaje humano. No conviene, según ellos, estudiar estos condicionamientos para hacer distinciones que relativizarían el alcance de las palabras. Pero eso equivale a engañarse y rechazar, en realidad, los misterios de la inspiración escriturística y de la encarnación, atendiéndose a una noción falsa del ser absoluto.¹³

Ello porque, como sabemos, Dios jamás anula las limitaciones y los condicionamientos (sean históricos, culturales, sociales, etc.) de los seres humanos y, por lo tanto, tampoco lo hizo con los escritores bíblicos. Más bien, Dios los reconoce y los respeta:

¹² Juan Pablo II. “Discurso sobre la interpretación de la Biblia en la Iglesia”. Pontificia Comisión Bíblica. *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. San Pablo. Santiago, Chile. 1994. p. 5-19.

¹³ *Ibid.* p. 11-12.

Esto hace que la tarea de los exegetas sea tan compleja, necesaria y apasionante. No puede descuidarse ningún aspecto del lenguaje [...]. Otras ciencias humanas, como la psicología y la sociología, también han dado su contribución. A todo esto puede aplicarse la consigna que León XIII dio a los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica: ‘No consideren extraño a su campo ninguno de los hallazgos de la investigación diligente de los modernos; por el contrario, estén atentos para poder adoptar sin demora todo lo útil que cada momento aporta a la exégesis bíblica (*Vigilantiae, Enchiridion biblicum*, 140). El estudio de los condicionamientos humanos de la palabra de Dios debe proseguir con interés renovado incesantemente.¹⁴

Pues bien, desde todo lo expuesto hasta aquí podemos señalar algunas ideas relevantes, las cuales nos introducirán en nuestro próximo apartado. Algunas de estas ideas ya han sido expuestas anteriormente, otras surgen de ellas, pero valgan para sintetizar este apartado.

(a) Desde la *Humani generis* de Pío XII (1950) hasta los discursos citados de Juan Pablo II (1996 y 1993 respectivamente) el magisterio europeo no ha condenado la teoría de la evolución, más bien ha sostenido que, los nuevos conocimientos, llevan a pensar que “la teoría de la evolución es más que una hipótesis” y ha reconocido a la vez, que existen diversas teorías de la evolución.

(b) Juan Pablo II hace una clara diferencia entre el campo de estudio que le compete a la ciencia y el que le compete a la filosofía y la teología, los cuales a su vez, no se contradicen, sino que más bien pueden ser complementarios, pues “la consideración del método utilizado en los diversos campos del saber permite poner de acuerdo dos puntos de vista, que parecían irreconciliables”.

(c) No le compete al magisterio el pronunciarse al respecto de una teoría científica, en cuanto a su veracidad o falsedad. En ello no radica su

¹⁴ *Ibid.* p. 12.

labor. Más bien, su labor consiste en interpretar la Palabra de Dios, escrita o transmitida. Sin embargo, cuando una teoría o hipótesis científica, de acuerdo a su carácter, toca algunos de los puntos que aborda la revelación, el magisterio se puede pronunciar, pero sin olvidar que tanto la ciencia como la teología o la exégesis comprenden dos ámbitos distintos, aunque pueden complementarse.

(d) La palabra de Dios contenida en la Biblia ha sido escrita a través de diversos géneros literarios, diversos idiomas, en distintas épocas históricas y desde diversos autores. Y Dios a respetado las características de cada uno de ellos, sus limitaciones y condicionamientos, tanto históricos como culturales, sociales, etc.

(e) Los estudios bíblicos y los exégetas y teólogos que los llevan a cabo deben abordar estos elementos y dilucidarlos para ayudar a comprender más profundamente qué quisieron decir los autores bíblicos en sus respectivos libros y en sus respectivos contextos históricos.

Pues bien es desde este último punto –aunque considerando por supuesto todos los mencionados–, desde donde abordaremos nuestro siguiente apartado. En él queremos exponer, aunque a grandes rasgos, cuál es la teología que subyace al relato yahvista de la creación del Génesis. Es decir, qué quiso exponer el autor o los autores al momento de escribir dicho relato. Ello nos llevará a nuestro último apartado en donde expondremos un cuarto planteamiento para el diálogo fe-ciencia. Recordemos que, hasta antes de exponer los documentos del magisterio europeo, habíamos señalado tres modos de abordar el diálogo entre la teoría de la evolución y lo expuesto por los relatos de la creación del Génesis: (1) el fundamentalismo bíblico, (2) el fundamentalismo científico y (3) el planteamiento de la concordancia. Entonces, luego de exponer en nuestro próximo apartado lo que nos dice el Génesis respecto a la creación, expondremos un cuarto planteamiento de acercamiento entre lo sostenido por la teoría de la

evolución y lo sostenido por la Biblia, de esta manera esperamos realizar un pequeño aporte al diálogo fe-ciencia en la actualidad.

3. El libro del Génesis y los relatos de la creación

3.1. Aspectos generales de los relatos de la creación

Lo primero que debemos sostener al respecto es que el libro del Génesis no nos presenta *un* relato de la creación, sino *dos*: Gn 1, 1-2, 4a y 2, 4b-25. Estos relatos han sido escritos en diversas épocas históricas y a través de diversas escuelas teológicas, con la particularidad de que se encuentran expuestos en la Biblia no desde un orden cronológico en cuanto a su fecha de composición, sino desde un orden didáctico-catequético o pedagógico. Es decir, el primer relato en ser escrito aparece en el libro del Génesis como el segundo relato de la creación, y el segundo en ser escrito aparece como el primero, y este orden está en función de las enseñanzas teológicas que desean transmitir. El primer relato que fue escrito sobre la creación, entonces, corresponde a Gn 2, 4b-25 y fue escrito alrededor de los siglos X-IX a.C. por la denominada *escuela yahvista*. El segundo relato corresponde a Gn 1, 1-2, 4a, el cual fue escrito alrededor de los siglos VI-V a.C. por la denominada *escuela sacerdotal*¹⁵.

Ahora, lo primero que debemos mencionar es que ambos relatos no son concordantes y presentan serías diferencias en cuanto tal. (a) Una de estas diferencias la podemos apreciar en lo referente a la creación de todo lo existente. El relato sacerdotal aborda la creación en un tiempo de seis días,

¹⁵ Algunas fechas aproximadas en torno a las escuelas o tradiciones literarias: *tradición yahvista* (950 a.C.), reino del Sur (Judá); *tradición elohista* (750 a.C.), reino del Norte (Israel); *tradición deuteronomista* (700 a.C.); *tradición sacerdotal* (500 a.C.). Aproximadamente en el año 700 a.C. se combinan las tradiciones yahvista y elohista, y en el 400 a.C. se compilan, como las conocemos hasta ahora, las cuatro tradiciones teológico-literarias. Debemos insistir en que todas estas fechas son aproximadas y pueden diferir entre los exégetas.

mientras que el yahvista lo hace en un solo día. (b) En cuanto a la creación de los seres humanos también encontramos diferencias, el relato sacerdotal presenta esta escena en el sexto día, donde Dios crea a la mujer y al hombre de manera simultánea; mientras que el yahvista lo hace en el primer y único día, creando al hombre primero y a la mujer después, de una costilla de aquel, y además, luego de haber creado todo lo existente. (c) El orden de lo creado también difiere entre ambos relatos. El relato sacerdotal presenta una creación paulatina, es decir, Dios crea paso a paso a través de seis días preparando el hábitat necesario para crear al ser humano en el día sexto; en el relato yahvista en cambio, lo primero que Dios crea es al hombre, luego todo lo existente y, finalmente, a la mujer.

Pues bien, estos son algunos puntos que nos permiten apreciar las discordancias que aparecen en ambos relatos de la creación, y ello nos puede plantear algunas preguntas relevantes: si existen dos relatos distintos, cuál de los dos es histórico; a cuál de ellos debemos considerar como verdadero; cuál de ellos, en definitiva, nos da cuenta del acontecimiento de la creación. Si nos planteamos estas preguntas a claras luces podemos comprender que, aun optando por uno de los relatos, cualquiera de ellos, contradicen radicalmente lo expuesto por cualquiera de las teorías de la evolución que hemos presentado en los apartados anteriores. Es decir, aun optando por uno de los dos relatos, éste no concordaría ni con lo planteado por Lamarck ni con lo planteado por Darwin. Entonces, qué hacer.

3.2. La verdad que contiene la Biblia

Uno de los grandes aportes que se desprenden de los estudios bíblicos, que se vienen desarrollando con mayor profundidad aproximadamente desde los años cincuenta del siglo pasado al interior de la Iglesia, es el haber descubierto la dinámica teológico-epistemológica de la composición y escritura de la Biblia. Es decir, haber descubierto cuál ha sido el modo de

proceder de los autores para reflexionar, comprender y poner por escrita la revelación de Dios. Y este modo de proceder se fundamenta principalmente en una mirada o reflexión teológica de la historia política del proceso de formación del pueblo de Israel durante los veinte primeros siglos de su desarrollo. Es a través de este proceso, que mira la historia desde la fe, donde el pueblo va descubriendo el actuar histórico de Dios y su revelación, también histórica. Y es así como la pone por escrita. Los autores bíblicos no desean exponer acontecimientos histórico-factuales tal como lo haría un libro actual de historia, sino más bien, desean exponer cómo y cuál ha sido el actuar de Dios en la historia de Israel y cómo ese actuar les va ayudando a formarse como pueblo, y a la vez, cómo ese actuar les va mostrando quién es el Dios que se ha revelado.

Por lo tanto, en la Biblia no encontramos relatos históricos sin más, sino una reflexión teológica en torno a los acontecimientos históricos. De esta manera comprendemos por qué no debemos interpretar la Escritura de manera literal y por qué encontramos en ella discordancias o errores. Un punto a subrayar entonces, y que se desprende de lo señalado, es que la Biblia contiene *verdades de fe* y no verdades científicas, históricas o astronómicas. Y ello porque es precisamente un libro de fe y no un libro de ciencia, historia o astronomía. ¿Hay historicidad en su base? Por supuesto que sí, pero ésta se encuentra en función o al servicio de las enseñanzas de fe o enseñanzas teológicas que los autores quisieron transmitir. Por lo tanto, los autores bíblicos no desean exponer los acontecimientos históricos tal como éstos ocurrieron, con prolijidad y exactitud de detalles, sino destacando, modificando o incluyendo hechos en función de la verdad de fe que desean explicar. Esta es la manera de proceder al momento de escribir en la antigüedad y es la manera particular de enseñar del pueblo hebreo.

Y es en cuanto a estas enseñanzas teológicas o de fe, que por lo demás se encuentran en la Escritura desde una perceptiva progresiva, que la Biblia

no contiene errores. En otras palabras, Dios se ha revelado al pueblo de Israel no de manera instantánea, sino paso a paso, poco a poco, de manera progresiva. El pueblo fue captando esta revelación en su historia de formación como nación y puso por escrita esta revelación en los libros que actualmente contiene la Biblia. Entonces, considerando ello, podemos comprender que la verdad de la Biblia radica en sus enseñanzas teológicas y en estas enseñanzas no hay errores (son inerrantes). Lo cual no implica que la Biblia sí tenga errores en ciertos datos históricos o en ciertos datos que podríamos catalogar de científicos. Ahora, junto con comprender la dinámica general de composición de la Escritura no debemos olvidar también que la Biblia está compuesta por más de setenta libros y que no todos han sido escritos desde un mismo género literario y, por lo tanto, no todos han sido escritos por un mismo autor. Por ejemplo, la belleza poética de los salmos es muy distinta a un relato de carácter cúllico-religioso como el que presenta el libro del Levítico, y el carácter epistolar de las cartas de Pablo es muy distinto al género apocalíptico que nos presenta el Apocalipsis. Y además, es menester considerar otros puntos que no podemos abordar aquí debido la extensión de este trabajo, pero que tienen relación con la época histórica en la cual fue escrito tal o cual libro; con las características de la comunidad (o comunidades) para la cual fue escrito; con las escuelas teológicas, con el autor o los autores de dichos relatos; con él o los idiomas en los cuales fueron escritos los libros bíblicos; etcétera, etcétera.

Valga lo mencionado entonces para comprender que es desde esta perspectiva desde donde debemos mirar, leer y comprender los relatos de la creación que aparecen en el libro del Génesis. Por lo tanto, estos relatos no revisten un carácter histórico, pero sí están repletos de enseñanzas teológicas que los autores quisieron exponer, y las expusieron a su comunidad mirando su historia como nación. Abordemos entonces algunas de estas enseñanzas, por lo menos, las que consideramos más relevantes y

hagámoslo fundamentalmente desde el relato yahvista, considerando en todo momento el contexto histórico en el cual fue escrito.

3.3. La verdad que nos deja el relato yahvista de la creación

Ya estamos en condiciones de sostener explícitamente que los relatos de la creación del Génesis, tanto el yahvista como el sacerdotal, no dan cuenta de cómo Dios creó lo existente y entre ello, a los seres humanos, sino más bien, lo que estos relatos pretenden dar cuenta es de algunas verdades de fe importantes para su época, tan importantes, que trascienden aquella y son extremadamente actuales. Insistimos entonces, los relatos de la creación no están en función de decir cómo Dios creó el universo, lo existente o los seres humanos, sino en función de ciertas enseñanzas de fe. Enseñanzas que por lo demás, por un lado, nacen del contexto histórico en los cuales fueron escritos los relatos y, por otro, nos dan cuenta del quién y el para qué de la creación.

3.3.1. Todos los seres humanos poseen el aliento de vida insuflado por Dios y todos, por lo tanto, son imagen y semejanza suya

Como hemos mencionado más arriba, desde un punto de vista histórico-cronológico, el primer relato de la creación escrito corresponde al segundo relato que aparece en el libro del Génesis, es decir, el primer texto escrito corresponde al relato yahvista que encontramos en Gn 2, 4b-25, escrito aproximadamente entre los siglos X y IX a.C. Pues bien, este relato, al momento de abordar la creación del ser humano, sostiene: “Entonces Yahvé Dios modeló al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente” (2, 7). En la antigüedad siempre se creyó que sólo era imagen de Dios el gobernante, el rey, el faraón o el emperador, pero no lo era el pueblo, no lo era la gente común. Por lo tanto, todo privilegio, toda comodidad y todas las decisiones importantes que

afectaban la vida de las grandes masas la tenían estos personajes y lo que es peor, cualquier abuso contra el pueblo, cualquier explotación u opresión a los más pobres o al pueblo en general era perfectamente justificado, pues respondía al querer y la voluntad de quien era la máxima autoridad, la imagen de Dios, y que tenía, por lo tanto, una garantía para hacerlo.

Pues bien, el relato yahvista de la creación es escrito en este contexto, cuando los reyes de Jerusalén se jactaban de ser omnipotentes y ejercían con mano dura su gobernación. Éstos abusaban de manera despótica y tiránica sobre el pueblo, hacían trabajar a grandes masas en la construcción de palacios y templos, en la tierra o en la defensa del reinado, sin pagarles prácticamente nada. El rey no tenía problema en abusar del pueblo, de las esposas e hijos de los trabajadores. Lo que el rey decidía sobre la vida y los bienes de sus súbditos estaba bien, pues tenía el poder económico, político, social y, por supuesto, religioso, sobre todo el pueblo. J. A. Pagola en su libro *Jesús. Aproximación histórica*, al referirse a la etapa de la monarquía de Israel sostiene lo siguiente:

Los reyes no respondieron a las esperanzas puestas en ellos. Dios había liberado a Israel de la esclavitud de Egipto para crear un pueblo libre de toda opresión y esclavitud. Les había regalado aquella tierra para que la compartieran como hermanos. Israel sería diferente a otros pueblos: no habría esclavos entre ellos; no se abusaría de los huérfanos ni de las viudas; se tendría compasión de los extranjeros. Sin embargo, y a pesar de las denuncias de los profetas, el favoritismo de los reyes hacia los poderosos, la explotación de los pobres a manos de los ricos y los abusos e injusticias de todo género llevaron a Israel al desastre.¹⁶

Es en este contexto de abuso, opresión y explotación donde un autor anónimo escribe el relato de la creación, pero en él no desea exponer cómo

¹⁶ Pagola, José Antonio. *Jesús. Aproximación histórica*. PPC. Madrid, España. 32007. p. 90.

es el origen del hombre o de los seres humanos, sino cuál es el origen de la dignidad humana y con ello expresarle a sus contemporáneos la mirada que debían tener sobre la autoridad humana en un contexto político, económico, social y religioso como el que estaban viviendo. Y lo que viene a decir de manera revolucionaria este genial autor es que Dios ha creado al hombre y lo ha creado insuflando su aliento de vida. Y es en ese hombre donde están representados todos los seres humanos, pues todos, sin excepción alguna, tienen en su interior el insuflado del aliento de Dios. Por lo tanto, todos los seres humanos son tan dignos, tan importantes, tan portadores del aliento de vida de Dios como el rey, el gobernador o el faraón. Ningún ser humano tiene una dignidad menor o inferior a otro, y ninguno tiene una dignidad superior o mayor que otro. Por ende, nada justifica el abuso, la explotación o la aniquilación de ningún ser humano.

Desde esta perspectiva además, podemos comprender con mayor profundidad lo que tres o cuatro siglos después nos señalará el relato sacerdotal, que recordemos fue escrito aproximadamente en los siglos VI-V a.C. Éste nos da cuenta de que antes de crear a los seres humanos Dios exclama: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra” (Gn 1, 26). Este relato viene a confirmar y explicitar lo expuesto por el relato yahvista. Es más, lo radicaliza, no sólo todos los seres humanos han sido creados por Dios y han sido insuflados por su aliento de vida, sino que además, todos, sin excepción alguna, son su imagen y semejanza. Por lo tanto, abusar de cualquier ser humano, explotar a cualquier ser humano, oprimir a cualquier ser humano es atentar contra Dios. Todo lo que atenta contra cualquier ser humano atenta contra Dios directamente.

3.3.2. No es bueno que el hombre esté solo, mas los animales no son una ayuda adecuada

Luego de la creación del hombre el relato yahvista agrega: “Se dijo Yahvé Dios: ‘No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada’” (2, 18). Lo primero que nos puede surgir, luego de esta frase, es la pregunta por qué Dios pareciera “equivocarse” en esta escena, pues podríamos pensar que ha creado a alguien que no se encuentra a gusto. En otras palabras, por qué, luego de crear al hombre, Dios se da cuenta que no es bueno que éste esté solo.

La soledad del hombre no contiene una equivocación de Dios por supuesto, sino más bien una advertencia del autor del relato y nuevamente, una profunda enseñanza. El ser humano no está hecho para vivir solo, no está creado para que desarrolle su vida independientemente. La vida no llega a su plenitud en la soledad, no se logra la plenitud humana viviendo independientemente de los demás o marginándose de todos y mucho menos disfrutando solitariamente de la creación. Por lo tanto, todo aquel que decide gozar de la vida en soledad, que acumula cosas para sí mismo, que acumula riqueza, bienes, etc., e incluso, que prefiere los bienes acumulados sobre la compañía humana, tal como lo hacían los reyes, no se ajusta al sentido de la vida creada por Dios, no alcanza la plenitud del deseo creador.

No obstante, el autor no se queda allí y, a través de otra enseñanza, ligada a la anterior, decide resolver otro problema que aquejaba en su época y lo hace desde otra supuesta “equivocación” de Dios. El relato continúa: “Y Yahvé Dios modeló del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombre a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo, mas para el hombre no encontró una ayuda adecuada” (2, 19-20).

Al crear “algo”, que sea compañía adecuada para el hombre y solucionar su soledad, Dios crea a los animales. Sin embargo, de todos ellos, ninguno es compañía adecuada para el ser humano. Podemos apreciar claramente una segunda “equivocación” de Dios, pero al igual que en el relato anterior, aquí tampoco hay un error de Dios y nuevamente nos vemos frente a la genialidad del autor del relato yahvista que quiere dejar una nueva enseñanza a sus contemporáneos. Pero, antes de profundizar en ello contextualicemos el texto.

Este relato como lo hemos señalado fue escrito aproximadamente diez siglos antes de Cristo, en momentos en que existía una costumbre primitiva entre los pastores de Israel, el bestialismo o la actualmente denominada zoofilia, es decir el tener relaciones sexuales con los animales. Y esto era un hecho común, pues los pastores, que pasaban largas jornadas fuera de sus familias recorriendo pastizales, viviendo entre ovejas por largos períodos de tiempo, incurrían en esta práctica y ello se fue haciendo común entre ellos. Este relato es una crítica profunda en cuanto al bestialismo o la zoofilia, y lo que nos viene a decir el autor es que el ser humano puede tener relaciones sexuales únicamente con otro ser humano, porque sólo en él o ella encuentra su igual. Todo lo que no es un ser humano (animales, plantas, bienes materiales, etc.) es inferior a éste, no es una ayuda ni compañía adecuada. Por lo tanto, nuestra prioridad debe ser siempre otro ser humano, nada tiene una prioridad mayor que otro ser humano. Solo en un hombre o mujer encontramos un igual, una compañía adecuada para desarrollar nuestra vida.

Entonces, el ser humano no puede vivir y desarrollarse como tal en soledad, porque de esta manera no encontrará la plenitud de la vida, pero tampoco debe hacerlo con lo que representa algo inferior a él, pues allí tampoco radica el sentido de la vida creada por Dios. La vida está creada para que el ser humano se desarrolle en conjunto con otros seres humanos,

en compañía de otros y otras, compartiendo con otros(as), pues sólo así encontramos la alteridad necesaria para desarrollarnos como personas y para que los demás, a través de nosotros(as), también puedan hacerlo.

3.3.3. No existen dignidades superiores e inferiores, el hombre y la mujer son iguales en dignidad

El relato prosigue con lo siguiente: “Entonces Yahvé Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, que se durmió. Le quitó una de las costillas y rellenó el vacío con carne. De la costilla que Yahvé Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: ‘Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada’. Por eso deja el hombre a su padre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne” (2, 21-24).

Este tercer punto, al igual que los anteriores, resultó profundamente revolucionario para la época. En él, el autor desea plantear un elemento extraordinariamente novedoso, pero a la vez, hondamente humano. Dios, al crear a la mujer, no lo hace desde un hueso de la cabeza del hombre, porque la mujer no es superior a él. Pero tampoco lo hace de un hueso del pie, porque la mujer no es inferior al hombre. Dios crea a la mujer desde una costilla del hombre, es decir, desde el costado y centro de él, pues la mujer tiene la misma dignidad que el hombre. Y ello, en la época en que fue escrito el relato, época donde a la mujer se le consideraba como un objeto y una cosa más que estaba al servicio del hombre y que le pertenecía, fue un giro copernicano a la manera de comprender las relaciones y la dignidad humanas. El relato anula para siempre la desigualdad de dignidades que existían en la época, donde se consideraba la dignidad del hombre superior a la de la mujer.

4. El “quién” y el “para qué” del “cómo”, aportaciones al diálogo fe y ciencia

Recapitulemos entonces lo expuesto hasta aquí para apreciar las tres grandes enseñanzas que ha querido dejar el autor de este hermoso y profundo relato. (a) Ningún ser humano es superior a otro y, por lo tanto, ninguno es inferior a otro. Todos los seres humanos cuentan con el aliento de vida de Dios y han sido creados a imagen y semejanza suya. (b) El ser humano no ha sido creado para vivir en soledad y disfrutar independientemente de la creación, pero tampoco para que busque una compañía en algo distinto a otro ser humano. El ser humano está creado para gozar de la creación en compañía de otros seres humanos. (c) No existe diferencia alguna entre la dignidad del hombre y la dignidad de la mujer, ambos poseen la misma dignidad y, por lo tanto, ambos están llamados a compartir la vida, a gozar de la creación y a mantener una estrecha relación con Dios, es decir, con quien ha hecho posible la vida.

En los relatos de la creación, tanto el yahvista como el sacerdotal, no encontramos una verdad científica de cómo Dios ha creado a los seres humanos y a todo lo existente, y tampoco una verdad astronómica sobre el origen del universo, pues un autor del siglo X a.C. no poseía, obviamente, los conocimientos científicos actuales, no sabía de teorías de la evolución ni de Darwin ni de *big bang*. Estos relatos, que han sido compuestos mirando la realidad histórico-política de Israel y encontrando en ella la revelación de Dios, contienen una profunda verdad teológica, una profunda verdad de fe y en ello radica su importancia: todos los seres humanos, sin distinción alguna, han sido creados por Dios para disfrutar de la creación, para compartir ese disfrute con otros seres humanos y encontrar en ello la plena realización y felicidad. Los relatos de la creación no dan cuenta del “cómo” de la creación, sino del “quién” y el “para qué” de ésta. No dan cuenta de

cómo Dios ha creado, el descubrir ello es tarea para los científicos y las ciencias, es la labor y tarea que le corresponde a los científicos, no es competencia de la Biblia porque ésta es un libro de fe; estos relatos dan cuenta de *quién* a creado y *para qué* lo ha hecho: ha sido Dios quien ha creado a los seres humanos, con tal dignidad que son imagen y semejanza suya, y ha creado todo lo existente para que hombres y mujeres, compartiendo la creación y la vida, encuentren la felicidad y la plena realización, sin explotar a nadie, sin abusar de nadie, sin oprimir a nadie.

La ciencia es quien se debe encargar de descubrir cómo Dios ha creado a los seres humanos y cómo ha creado este asombroso y enigmático universo. A los científicos (físicos, astrónomos, biólogos, químicos, arqueólogos, paleontólogos...) les compete formular hipótesis o teorías que poco a poco nos irán acercando a la verdad del cómo. Incluso, esta búsqueda pueden realizarla sin considerar que Dios ha sido el creador. Y se podrán formular teorías como la de la evolución, el *big bang* o cualquier otra. Y ello no debe provocarnos angustias o desesperaciones, pues cualquier teoría que descubran las ciencias nada cambiará la verdad de fe que nos ha sido revelada en la Escritura. Más bien, los descubrimientos científicos nos ayudarán a comprender y conocer más profundamente esta casa nuestra que es la creación y nos permitirá maravillarnos con la delicadeza y el amor kenótico de Dios. Pero también, la teología contenida en la Biblia siempre estará allí, no sólo para quienes creemos en ella, sino que estará abierta para que los científicos que lo deseen puedan encontrar en ella el sentido del cómo de la creación, y por ende, el sentido de su trabajo, y también, para todos los que deseen encontrar en la Biblia el sentido de los descubrimientos científicos que día a día nos maravillan continuamente. Si la creación fue a través de un *big bang* y a través de un proceso de desarrollo evolutivo en las especies y el ser humano, la Biblia nos dice que Dios estuvo detrás de ello, y que creó al ser humano para que éste fuera feliz y pleno. No hay duda que

los seres humanos no somos ajenos a nuestro contexto histórico-cultural, de la misma manera que no lo fueron los autores de los relatos de la creación que contiene el libro del Génesis, tampoco lo fueron ninguno de los autores bíblicos. Y uno de los mayores condicionamientos que poseemos hoy al momento de leer la Biblia es un axioma que es parte de nuestra cultura greco-occidental: si algo en la Biblia no resulta históricamente exacto a lo que nos dicen los actuales libros de historia y la ciencia, entonces nada de ello es verdad. Pero éste no corresponde al paradigma ni a la epistemología teológica de los autores bíblicos, porque éstos están escritos en función de la fe no de la exactitud histórica o la ciencia. Por haber buscado historicidad en los relatos de la creación del Génesis nos hemos perdido su sentido teológico y, por lo tanto, su verdad de fe. Por habernos empeñado en encontrar “historia” en los relatos de la creación para defendernos de éste o tal supuesto ataque, hemos perdido de vista las hermosas enseñanzas de fe que ellos contienen y la verdad teológica que se encuentra en ellos.

Pero esto no quiere decir que todos los relatos de la Biblia debemos abordarlos de la misma manera, pues recordemos, como lo señalamos anteriormente, que si bien todos han sido escritos mirando la realidad histórica de Israel desde la fe y descubriendo en ella la revelación de Dios, también debemos considerar sus géneros literarios, la teología subyacente en ellos, el idioma en el cual fueron escritos, los conflictos históricos que deseaban solucionar sus autores, la realidad de las comunidades a las cuales fueron destinados, etc. La Biblia no es un castillo de naipes, es decir, no todos sus relatos y libros se deben interpretar de la misma manera, aunque la dinámica de composición sea similar. Al respecto Richard Clifford sostiene:

Primero, no hay un único presupuesto de interpretación que cubra todos los casos de historicidad disputada. Lo que un principio afirma sobre Adán y Eva o sobre el diluvio no se aplica necesariamente a la historia de Abraham, las plagas del Éxodo, los milagros de Jesús o la resurrección. En consecuencia, no hay que temer necesariamente un

‘efecto dominó’. La Biblia, por usar otra metáfora, no es un castillo de naipes.

Segundo, se debe poner atención al tipo o género literario. Cuando leemos un diario, un artículo en una revista o un libro, sabemos instintivamente su género porque estamos en casa, en nuestra propia cultura. [...] No sucede así con la literatura del pasado. [...] Debemos detenernos en el umbral de un texto antiguo y descubrir su género literario; sólo entonces podremos saber qué podemos esperar. Por obvio que esto parezca, los lectores de la Biblia a menudo lo olvidan. En un momento crítico de la moderna interpretación católica de la Biblia, el Papa Pío XII insistió en este mismo punto: los intérpretes deben ‘con precisión determinar qué modo de escribir, por así decirlo, probablemente usarían y de hecho usaron los autores de ese antiguo periodo’ (*Divino Afflante Spiritu*, N^o 20).

Tercero, los autores bíblicos prefieren la narrativa por sobre el razonamiento analítico; contar una historia en vez de hacer un tratado. [...] En la cultura bíblica, los pensadores construyeron su filosofía y teología a través de entretenidas narraciones.¹⁷

Finalmente, y como pequeño aporte al diálogo fe y ciencia queremos explicitar, junto con todo lo sostenido, algunos principios básicos que nos pueden ayudar al momento de abordar nuestra lectura de la Biblia.

(a) El primero de ellos consiste en que *las únicas verdades que la Biblia pretende afirmar de manera infalible son las referidas a nuestra salvación*. Es decir, las únicas verdades que en la Biblia tienen garantía de infalibilidad, que son afirmaciones de la Palabra de Dios y que no contienen errores, son las referidas a nuestra salvación. Son las verdades que nosotros hemos denominado de fe.

(b) El segundo principio implica el considerar que *no todo lo que la Biblia dice, la Biblia lo afirma*. Es decir, no todo lo que dice la Biblia lo afirma en sentido salvífico. Así podemos encontrar en la Biblia anacronismos históricos, errores geográficos o científicos, pero ello no implica un error en una verdad de fe.

¹⁷ Clifford, Richard. *Op. cit.*

(c) Un tercer principio consiste en comprender que *la verdad de la Biblia se aplica especialmente a su texto original*. Es indispensable considerar que muchos de los términos que están en la Biblia en sus idiomas originales no tienen una traducción plena en nuestro idioma. Hay muchas palabras en hebreo, arameo o griego, que no se pueden traducir directamente al español y ello puede ocasionar errores al momento leer la Biblia o puede llevarnos a no captar la profundidad del mensaje que nos desea entregar.

(d) Un cuarto principio apela a que *la verdad de la Biblia se encuentra en su globalidad, no en versículos específicos*. Por lo tanto, las verdades de fe o la revelación de Dios encuentran su plenitud en la globalidad de la Biblia. Al leer versículos aislados es fácil tergiversar lo que los autores han querido revelar en un momento determinado y ello además termina afectando el carácter progresivo de la revelación de Dios. No podemos olvidar que en la Biblia se presenta una revelación de Dios que es histórico-progresiva y que, por lo tanto, va de menos a más, y tan importante como captar la revelación plena de Dios (Jesucristo) es captar el proceso desde el cual se llegó a esa revelación plena (Antiguo Testamento), y siempre considerando el contexto histórico de los libros.

(e) Finalmente, otro principio que nos puede ayudar es *prestar atención a la intención del autor y a la teología que hay tras su escrito*. Ello es fundamental y nos lleva a conocer cuál era la situación histórica que vive la comunidad para la cual va escrito el relato y la teología que nos desea dejar su autor. La teología de Pablo contenida en sus cartas es distinta a la del autor de la carta de Santiago, pues se dirigían a comunidades distintas con distintos conflictos.

Con estos breves principios concluimos nuestro trabajo, en él sólo hemos deseado exponer un pequeño aporte al diálogo que se está desarrollando desde el siglo pasado entre la fe y la ciencia, entre los importantes aportes teológicos que nos entrega la Biblia y los maravillosos

aportes que nacen del trabajo de los científicos. No olvidemos jamás que la ciencia siempre estará en función de explicarnos el cómo de los fenómenos naturales, biológicos y humanos. Y la teología nos dará cuenta del sentido que hay detrás de dichos fenómenos. Por ello, la Biblia nos presentará siempre el “quién” y el “para qué” del “cómo” que nos entrega la ciencia a través de sus fascinantes descubrimientos¹⁸.

¹⁸ Para una mayor profundización en nuestro tema el lector(a) puede consultar los siguientes libros y artículos: Cappana, Pablo. “El gran misterio de la evolución”. *Mensaje* 456 (1997). p. 28-30; Juan Pablo II. “El origen del hombre”. *Ibid.* p. 30-32; Sandoval, Humberto. “El abate Molina (1740-1829). Un precursor de Darwin”. *Ibid.* p. 33. Artiagas, Mariano. “Geroges Lemaître, el padre del ‘Big Bang’”. *Mensaje* 463 (1997). p. 41-43. Álvarez, Ariel. “¿El mundo fue creado dos veces?”. En Álvarez, Ariel. *¿Qué sabemos de la Biblia? Antiguo Testamento*. San Pablo. Buenos Aires, Argentina. 2008. p. 21-28; “¿Existieron realmente Adán y Eva?”. *Ibid.* p. 29-37; “Galileo Galilei y el sol de Gabaón”. *Mensaje* 482 (1999). p. 10-13; Clifford, Richard. “Historicidad de la Biblia. La verdad de las Escrituras”. *Mensaje* 546 (2006). p. 16-18; Sicre, José Luis. *Introducción al Antiguo Testamento*. Verbo Divino. Estella, España. 72000. p. 18-23; Pontificia Comisión Bíblica. *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. San Pablo. Santiago, Chile. 1994; Monserrat, Javier. *Hacia el nuevo concilio. El paradigma de la modernidad en la era de la ciencia*. San Pablo. Madrid, España. 2010.